

Un comentario sobre el personaje cervantino de Zoraida: entre *Lela Marién* y el ansia de libertad

Marilyn Ríos Soto
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

RESUMEN

El personaje de Zoraida, que surge en los capítulos XXXVII y XXXIX al XLII de la Primera Parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, es la hija del poderoso y acaudalado moro Agi Morato que huye del hogar paterno con el capitán Ruy Pérez de Viedma para dirigirse, guiada por su convicción religiosa, a tierras cristianas. Ésta figura femenina se desdobra ante el lector al concebir simultáneamente un retrato de *Lela Marién*, denominación árabe para la Virgen María, y de una joven impetuosa que en pos de libertad rompe sus lazos filiales, nacionales y religiosos. De manera que Zoraida se ciñe y aleja simultáneamente de la imagen de la mujer ideal según las concepciones del patriarcado. La misma muestra una hermosura física y virtud análogas al modelo femenino por excelencia: la Virgen María, mientras sus acciones responden a la búsqueda de libertad y constituyen la ruptura con las pautas de conducta sostenidas por el mismo sistema patriarcal que le ensalza. En suma evidencia una falta de correspondencia que le enriquece y humaniza, aún desde su divinización.

ABSTRACT

Zoraida, whose character appears in *Don Quixote's* first volume, chapters XXXVII and XXXIX to XLII, is the daughter of the wealthy Moorish Agi Morato that leave her home and religious customs help by a Christian Captain, Ruy Pérez de Viedma, who take her with him from her native Argelia to Spain. This feminine figure shows simultaneously a similarity with *Lela Marién* or the Virgin Mary and an impetuous young woman that abandons her family, country and maintains a different religious believe. So to speak, Zoraida conveys an image fit to and far from Patriarchal conceptions: beautiful and honest but brave enough to brake with the standard model of female conduct. In sum, the character shows an apparent behavior disparity that enriches and humanizes her.

Nota biográfica

Catedrática Auxiliar del Departamento de Español de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo. Tiene un doctorado en Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Connecticut y una Maestría en Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Mayagüez. Ha publicado artículos sobre literatura hispanoamericana y española en revistas nacionales e internacionales.

Un comentario sobre el personaje cervantino de Zoraida: entre *Lela Marién* y el ansia de libertad

Decidme, señor –dijo Dorotea–: ¿esta señora es cristiana o mora? Porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese (I, 37).

Aunque el personaje de Zoraida surge ya en el capítulo XXXVII de la Primera Parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* no es hasta el episodio del Cautivo, contenido en los capítulos XXXIX al XLII, que se devela el halo de misterio en torno a esta figura cervantina. A partir de su cronista Cide Hamete Benengeli y el relato en primera persona del capitán Ruy Pérez de Viedma, Cervantes intercala en su argumento central la historia del mencionado capitán, cautivo en Argel, con la hermosa Zoraida, hija del poderoso y acaudalado moro Agi Morato. Este rico personaje femenino se desdobra ante el lector al concebir simultáneamente un retrato de *Lela Marién*, denominación árabe para la Virgen María, y de una joven impetuosa que en pos de libertad rompe sus lazos filiales, nacionales y religiosos.

El argumento puede resumirse como sigue: tras una exitosa batalla naval contra los turcos, el capitán Pérez de Viedma es tomado prisionero al abordar un barco enemigo. Sus captores lo llevan a Argel donde comienza a recibir monedas y mensajes de una desconocida que desde la ventana de un alto aposento le envía estos bienes para que el cautivo pague su rescate y, una vez en libertad, la ayude a escapar a tierras españolas. De la figura misteriosa, de quien el narrador logra ver sólo una mano blanquísima con pulseras árabes, se descubre (mediante las cartas que finalmente traduce unos de los prisioneros) su origen árabe, su fe católica aprendida de una nana cristiana y el deseo de ir a España para conocer a *Lela Marién*. El capitán, entonces cautivo, promete ayudarla y hacerla su esposa una vez lleguen a tierras cristianas.

Desde su primera carta y aportación monetaria para el rescate, Zoraida se transmuta para los prisioneros en un ícono religioso. En específico le llaman “Nuestra Señora de la Libertad”, un epíteto que, según ha comentado María Antonia Garcés, evoca el título de “Protectora de los cautivos” con el que denominaban a la Virgen los soldados españoles en la guerra contra los turcos (81). A partir de entonces, en el relato se

desarrolla una analogía constante entre la joven y la Virgen María. Debe recordarse que ésta mira a los cristianos desde lo alto de su ventana, se comunica con ellos mediante el signo de la cruz (con lo cual indica su fe cristiana) y a partir de mensajes en una lengua desconocida que los prisioneros deben interpretar. Los cautivos, por su parte, le adoran por sus bondades aunque nunca la han visto. Al respecto, resulta significativo señalar que aun antes del relato del capitán, durante la primera aparición de Zoraida en el *Quijote*, la joven llega a una venta acompañada por su prometido el capitán, sobre un burro y cubierta con una enorme manta:

[A] todo puso silencio un pasajero que en aquella sazón entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros.... Entró luego tras él, encima de un jumento, una mujer a la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza;... que desde los hombros a los pies la cubría. (461)

Es una descripción que recuerda la imagen difundida por el mundo cristiano de José y María mientras buscan posada en Belén, justo antes de la natividad: él a pie y su mujer sobre un burro, cubierta por una manta.

Al inicio de la novela intercalada, Pérez de Viedma hace constar que hasta los prisioneros llegan noticias de la belleza sin igual de la hija del rico moro, de manera que sorprende cómo, durante el primer encuentro entre este capitán y Zoraida, al cautivo le impresionan más las joyas de la joven que su hermosura. Así, la voz narradora destaca sus vistosos adornos: "...sólo diré que más perlas pendían de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos que cabellos tenía en la cabeza... traía dos carcajes... de purísimo oro, con... diamantes engastados..." (497). No obstante, el énfasis en la riqueza material que adorna a este personaje femenino se traduce a partir de Pérez de Viedma en una metáfora de la gran belleza interna que la caracteriza; lo que queda aclarado cuando la voz narradora equipara la virginidad de la joven con "la joya que más valía y ella más estimaba" (509).¹ De esta manera, todo lujo exterior no hace sino destacar las virtudes de Zoraida, de quien el cautivo distingue "Mora es en el traje y en el cuerpo; pero en el alma es muy grande cristiana" (463).

La descripción del rostro de la joven se obvia durante todo el relato y permanece negada al lector. Éste la percibe a partir de las alusiones de los otros personajes, quienes se limitan a atribuirle una hermosura sin igual que nunca es descrita en detalle, los ricos

adornos que le engalanan o el velo que le cubre, a la usanza mora, durante su viaje por España. Así, dicha figura femenina posee una belleza indescriptible que, según el capitán, surge afin a un ser celestial: “...en todo extremo hermosa... me parecía que tenía delante de mí una deidad del cielo” (497). El misterio en torno a la figura de Zoraida se acrecienta con las intervenciones indirectas que caracterizan a este personaje. Debido a que no conoce la lengua de los españoles, la joven se comunica por medio de señas, a través de intermediarios o simplemente se mantiene callada. En cada caso sus mensajes y su figura surgen matizadas u ocultas –tras una ventana o velo- y siempre dependen de las interpretaciones particulares. Hecho que recalca la voz narradora cuando aclara que la belleza de la cristiana no tenía comparación “o, a lo menos, a mí me pareció serlo la más [hermosa] que hasta entonces había visto” (497). Zoraida persiste en el relato como una imagen iconográfica de la misma virgen María que, como ella, sólo es posible recrearla a partir de la exégesis. Esta realidad la atestigua la propia joven cuando descubre en su primera visita a una iglesia en España rostros parecidos a los de *Lela Marién* y se le explica que son algunas imágenes de la Virgen; en fin, interpretaciones artísticas, pictóricas y plásticas con las que se intenta plasmar a la madre de Dios. A lo anterior se suma el hecho de que la única palabra en lengua española articulada por Zoraida en tierra de cristianos es el apelativo “María” que adopta como nombre propio.

El anhelo religioso de este personaje femenino es tal que acepta el cautiverio de su padre quien, junto a algunos sirvientes, descubre al capitán y a otros prisioneros cuando se disponen a huir a España con la joven. A éstos se les ata de pies y manos y son llevados en la embarcación con el fin de dejarlos en libertad en tierra de moros pero lejos de donde pudieran dar noticia de la huida. Esta actitud, en apariencia contraria al comportamiento de una cristiana que ama a su padre, recuerda la tradición literaria de corte mariana que aflora en la Península Ibérica desde la Edad Media. Una vez libre, el padre impreca desde la orilla contra la hija que ha renegado de su religión y a la que cree motivada por deseos impíos: “ni penséis que la ha movido a mudar religión entender que la vuestra a la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente que en la nuestra” (507). El anterior es un comportamiento similar al que retrata Gonzalo de Berceo en los *Milagros de Nuestra Señora* en torno al padre del niño judío que al conocer la conversión del pequeño al

cristianismo “...se apenó tanto / como si el niño se hubiera muerto; / el endemoniado no sabía qué determinación / tomar y hacía gestos como de demonio” (73). Sin embargo, a diferencia de éste que paga su maldad al consumirse en las llamas de un horno encendido, Cervantes humaniza a sus personajes. De manera que mientras la joven llora profusamente y le ruega a la Virgen para que le brinde consuelo a su padre, el moro finalmente exterioriza su amor paternal al exclamar desde lo lejos: “Vuelve, amada hija, vuelve a tierra, que todo te lo perdono; entrega a esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve a consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida, si tú le dejas” (507).

El amor entre el hombre y la mujer es un tema recurrente tanto en las historias intercaladas como en el relato central del hidalgo de la Mancha. No obstante, en el episodio del cautivo dicho sentimiento toma visos de una relación paterno-filial o el cumplimiento de una promesa entre el capitán y la cristiana, a quien el primero le debe su libertad. De hecho, la narración del capitán finaliza sin que se haya llevado a cabo la unión de los jóvenes, ya en tierras españolas. Al respecto, si bien resulta inusual la posposición del desposorio más sorprende al lector la actitud de indiferencia de Zoraida ante la posibilidad de que el matrimonio con el hombre con el cual ha huido del hogar no se realice. En una época donde a la mujer sólo se le permitían los caminos dignos del matrimonio o la vida religiosa, y Zoraida se muestra inclinada al primero, la joven le aclara a Ruy Pérez de Viedma que de él esperaba que la convirtiera en su esposa (una forma de restituir su honra), pero que si éste no desea casarse con ella, confía en que la Virgen la ayudará y le conseguirá un buen esposo.

En definitiva, este personaje femenino rompe con el patrón de conducta esperado en la época. Contra la usanza de una sociedad patriarcal en los albores del siglo XVII, ésta elige al joven que se convertirá en su prometido, tras notar en el cautivo cualidades que le hacían el candidato idóneo para huir a España. Asimismo decide abandonar su país y ámbito familiar en pos de un arriesgado objetivo; para ello, desarrolla un plan minucioso, consigue el dinero y los cómplices necesarios. De manera acertada María Caterina Ruta señala que Zoraida es:

...el héroe del que no se preve la integración en el universo de procedencia, el héroe que antepone la libertad individual a la aceptación del contrato social con el grupo de pertenencia. La conversión al

cristianismo y las previstas bodas con el capitán constituyen las credenciales para afianzar un pacto con un orden social distinto. (131)

Si bien es cierto que el arrojo es un rasgo fundamental en este personaje femenino del Siglo de Oro que se lanza a un mundo lejano y desconocido, al lector cuidadoso no se le debe escapar el hecho de que su comportamiento sólo es posible por los bienes materiales a los que tiene acceso en el hogar. De ahí que su firme voluntad y resolución personal logren completarse con éxito gracias a su riqueza.

En definitiva, Zoraida es un personaje dual que se ciñe y aleja simultáneamente de la imagen de la mujer ideal según las concepciones del patriarcado. Ésta evidencia una hermosura física y virtud análogas al modelo femenino por excelencia, la Virgen María, aunque sus acciones responden a la búsqueda de libertad y constituyen la ruptura con las pautas de conducta sostenidas por el mismo sistema patriarcal que le ensalza. En suma, evidencia una falta de correspondencia que le enriquece y humaniza, aun desde su divinización.

Obras citadas

Cervantes Saavedra, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. Luis Andrés Murillo. 5ta ed. Tomo I. Madrid: Clásicos Castalia, 1991. 456-521.

---. "El licenciado Vidriera." *Novelas ejemplares*. Ed. Harry Sieber. Tomo II. Madrid: Ediciones Cátedra, 2000. 60.

Garcés, María Antonia. "Zoraida's Veil: 'the Other Scene' of the Captive's Tale." *Revista de Estudios Hispánicos* 23.1 (1989): 65-98.

Ruta, María Caterina. "Zoraida: los signos del silencio en un personaje cervantino." *Anales Cervantinos* 21 (1983): 119-33.

NOTAS

¹ Debe recordarse que equiparar la belleza a piedras preciosas era práctica común entre los escritores de la época. De ahí que otra figura literaria cervantina, el licenciado Vidriera, se burle de la inexplicable pobreza de los poetas quienes solían describir a sus amadas: “riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, frente de plata bruñida, los ojos verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas” (60).